

JOSÉ MANUEL BLECUA TEIJEIRO, DIVULGADOR ÁUREO
O SOBRE EL RIGOR CRÍTICO EN DON JOSÉ MANUEL

Joaquín PARELLADA CASAS
IES Sant Adrià de Barcelona

Hoy no se puede dudar que la Biblioteca Clásica Ebro ha sido uno de los instrumentos más eficaces en el cambio experimentado en la didáctica de la literatura, y una de las empresas más interesantes en este terreno, de las nacidas en Aragón.

Raquel Asún

Quienes nos dedicamos a la enseñanza secundaria y compaginamos esta actividad con la investigación, siempre hemos considerado estimulante y admirable la figura de aquellos profesores universitarios que «velaron armas» (¡a veces durante décadas!) como catedráticos o agregados de instituto. La lista podría ser larguísima, pero ahí están los nombres de Vicente García de Diego, Samuel Gili Gaya, Rafael Lapesa, Guillermo Díaz-Plaja, José Manuel Blecuá, Gonzalo Torrente Ballester...¹ No creo que sea casualidad que un factor común a muchos de estos profesores sea su incansable labor científica y, en fin —y este es el eslabón que me ha llevado a escribir estas líneas—, que esta producción acompañase rigor y divulgación, seriedad crítica y claridad expositiva, siguiendo (para esto último) aquel precepto renacentista que tan bien supo expresar Juan de Valdés: «el estilo que tengo me es natural, y sin afetación ninguna escribo como hablo; solamente tengo cuidado de usar de vocablos que signifiquen bien lo que quiero dezir, y dígolo quanto más llanamente me es posible, porque a mi parecer en ninguna lengua stá bien el afetación».

Creo, por último —y así enlace con el contenido de este Congreso—, que uno de los elementos que hace que un texto sea clásico es su capacidad comunicativa sin perder nada o casi nada de su trascendencia intelectual.

¹ Algunos, como Antonio Machado o Eugenio Asensio solo conocieron la Enseñanza Media: ¡no por falta de méritos!

Muchos de los profesores antes citados lograron conjugar con éxito todos estos elementos. Por interés, por experiencia personal y en pago de una deuda moral, me voy a centrar en la figura de José Manuel Blecu. No voy a analizar, sin embargo, su obra estrictamente erudita —ediciones de Quevedo, de don Juan Manuel, de fray Luis, de los Argensola— sino aquella que hasta ahora —creo— no ha merecido el interés de los críticos, a pesar de conjugar el rigor divulgativo y la exposición didáctica. Me refiero a las ediciones escolares.²

JOSE MANUEL BLECUA, DIRECTOR EDITORIAL DE «BIBLIOTECA CLÁSICA EBRO»

Además de editor de unos cuantos volúmenes, como veremos luego, su labor se centró durante varias décadas en la dirección de esta benemérita colección, «Clásicos Ebro» que en aquellos años de penuria económica y espiritual permitió a muchos acceder a los principales autores de la literatura castellana de todas las épocas.

El primer dato que llama la atención es que desde fecha muy temprana estos libritos se muestran —en la medida que la época lo permitía— como heredera³ de la mítica «Biblioteca Literaria del Estudiante», fundada durante la República y dirigida por don Ramón Menéndez Pidal. Aunque esta «Biblioteca» siguió editándose, acabada la guerra, bajo los auspicios del CSIC, hay que decir que sus primeros pasos los dio con pie de imprenta del Instituto Escuela adscrito a la Junta de Ampliación de Estudios.

Tanto la cuidada impresión, como la calidad de las ilustraciones⁴ y, por descontado, los nombres emblemáticos de los editores,⁵ son seguidos por la colección aragonesa,⁶ al menos en los primeros tiempos.

Es evidente que las diferencias entre ambas colecciones existen, pues el carácter cerrado de la «Biblioteca Literaria» (30 volúmenes) y la personalidad de su director hacen que en esta la presencia, ya no de autores contemporáneos sino del

² El profesor Fernando VALLS ya subrayó el relevante papel que sus libros de texto (y estas ediciones escolares) desempeñaron en el tan átono como desalentador panorama de la posguerra. Vid. su libro *La enseñanza de la literatura en el franquismo (1936-1951)*, Barcelona, A. Bosch, 1983.

³ Me refiero a que ambas colecciones estaban alentadas por un mismo espíritu, no que una fuera imitación servil de la otra. De hecho «Clásicos Ebro» se inspiró, según declaración del propio Blecu, en sendas colecciones de las editoriales Hachette y Larousse. Vid. el libro de F. VALLS citado arriba, p. 125, y el artículo de Raquel ASÚN en la *Gran Enciclopedia Aragonesa*.

⁴ Véase por ejemplo las magníficas láminas en papel satinado que aparecen en el volumen *Historiadores de los siglos XVI y XVII*, o los grabados intercalados en el texto del dedicado a los *Libros de caballerías* o los mapas intercalados en el dedicado a los *Exploradores y conquistadores de Indias*. Asimismo, a menudo los capítulos eran encabezados con cenefas o motivos ornamentales. La colección aragonesa siguió, en la medida de sus posibilidades, algunos de estos rasgos.

⁵ En la solapa de uno de los tomos leemos: «la selección de los trozos comprendidos en los varios volúmenes está encomendada a... Américo Castro, Enrique Díez-Canedo, Samuel Gili, María Goyri, Miguel Herrero, Jimena Menéndez Pidal, Tomás Navarro, Antonio G. Solalinde, R. M^o Tenreiro, Gonzalo Menéndez Pidal, etc.».

⁶ Además de algún colaborador que «repite» como Gonzalo y Jimena Menéndez Pidal (¡significativo dato!) o Samuel Gili Gaya, encontramos a Rafael Lapesa, Manuel Ballesteros, Agustín G. Amezá, Francisco Cantera, Ángel González Palencia, Manuel de Montoliu, Jaime Oliver Asín o Ángel Valbuena, entre otros muchos.

siglo XIX se reduzca al volumen dedicado a Galdós y a los tres destinados a la literatura «moderna», agrupados según los géneros: prosistas, teatro, poetas.⁷

La colección dirigida por Blecua había sido fundada por don Teodoro de Miguel en 1938.⁸ Se incorpora muy pronto como editor de textos (el número 2 de la colección, la *Poesía lírica* de Lope es suyo y debió ver la luz por primera vez hacia 1939 o 1940) y no mucho más tarde como director de la colección (inicios de los años 50), dirección que llevó siempre a cabo de forma totalmente desinteresada.⁹

En cualquier caso lo que más nos interesa hoy y aquí es llamar la atención sobre el papel que jugó esta colección, sobre todo en los primeros años de la posguerra, hasta que el poder económico y mediático de otros proyectos, dirigidos por grandes editoriales, la arrumbó definitivamente a inicios de los 70. No olvidemos, de todas formas, que las principales de estas colecciones,¹⁰ debieron nacer de alguna manera contando con el referente de «Clásicos Ebro», bien para imitarla, bien para intentar superarla. En cualquier caso los tiempos eran otros: el *boom* universitario había empezado y algunas editoriales vieron aquí unas perspectivas económicas inmejorables.¹¹

La principal característica de la «Biblioteca Clásica Ebro» por lo que al público se refiere es que iba destinada básicamente a los alumnos de la Enseñanza Media. De ahí su didáctica estructura que se iniciaba con un *Resumen cronológico*, seguía con los principales acontecimientos de la vida del autor, pasaba luego al análisis de la obra en su contexto, y terminaba con la bibliografía. Tras la edición del texto propiamente dicho, incluía unos juicios críticos sobre el autor (a menudo sacados de textos poco accesibles) y unos *Temas de trabajo escolar*. Este carácter, sin embargo, no era obstáculo para que el rigor de los textos fuera el necesario, las introducciones breves pero serias, y la anotación, ajustada. No hay que olvidar que desde los años 20 existía una colección que hoy llamaríamos universitaria y que cubría las necesidades de un público adulto. Me refiero a los «Clásicos Castellanos» de las ediciones de La Lectura, luego impresas por Espasa-Calpe.

⁷ Aun así, el volumen de poetas se inicia con Moratín (padre e hijo), Samaniego, Iriarte, Meléndez Valdés y termina con Gabriel y Galán y Rubén Darío. El de teatro, por su parte, empieza con Bretón y Galdós, y termina con Tamayo y Baus y Echegaray.

⁸ Según Raquel Asún (art. citado de la *Gran Enc. Arag.*), T. de Miguel había sido delegado de la casa editorial Calleja en Argentina. Esta vinculación editorial nos lleva a pensar en otra posible influencia para nuestra colección: la «Biblioteca Calleja», dividida en varias colecciones —Antologías, Novelas, Teatro y Poesía, Críticos y Ensayistas, Filósofos y Místicos...— cuyos volúmenes fueron editados por autores como Alfonso Reyes, E. Díez-Canedo, J. Moreno Villa y Azorín, entre otros.

⁹ En cambio la remuneración de quienes editaban los textos era alta para la época: 500 pesetas. F. VALLS, *op. cit.*

¹⁰ Alguna dirigida, precisamente, por un discípulo suyo: Francisco Rico. Nos referimos a «Textos Hispánicos Modernos» de Labor, bajo mi punto de vista la colección universitaria más regular, elegante y homogénea, en su relativa brevedad (treinta y tantos títulos), que haya existido nunca.

¹¹ Algunas de estas colecciones para la enseñanza secundaria, nacidas en los años 70, llegan hasta nuestros días: «Castalia didáctica» o «Biblioteca didáctica Anaya». Muchos de sus títulos están preparados por catedráticos o agregados de instituto.

El mérito, en consecuencia, está en haber sabido combinar rigor crítico y divulgación, no solo en los primeros años, cuando había poca competencia, sino en los posteriores cuando ya habían nacido algunas de las colecciones antes citadas.¹²

No me cabe duda que en el mantenimiento de ese rasgo tuvo un papel fundamental el profesor Blecua. Y la principal justificación de esta frase la encontramos en la propia labor por él desarrollada. Los ejemplos abundan: desde su labor periódica en *El Heraldó* (iniciada en 1941) hasta sus 13 tomitos de «Clásicos Ebro» (que enseguida analizaremos) pasando por las diversas antologías por las que se le conoce: la *Floresta...*, las dedicadas a los pájaros, al mar y a las flores, etc.¹³

Pero sobre todo, para quienes tuvimos la suerte de ser alumnos suyos, el mejor ejemplo fueron sus clases. De ellas podría decirse que nunca salía uno sin haber aprendido por partida doble: lo que entraba en el temario y lo que, viniendo al caso, apuntaba, como sin importancia. Andando los años podría asegurar que estos últimos comentarios nos han servido tanto como los primeros. Y todo ello salpicado con un adjetivo que pronunciaba de manera especial e inconfundible: *esssstupendo*.

Y lo más importante es que esta síntesis se produce no en cuestiones anecdóticas sino en temas trascendentes y trascendentales. Es decir, no se trata de entretener al público —oyente o lector— con una muestra de erudición y de exponerla con cierta gracia, sino de escoger aquellos aspectos decisivos, centrales, de un tema y exponerlos de manera que quienes lo escuchen o lo lean no lo olviden fácilmente. Sin duda que este es un recurso didáctico mucho más eficaz que miles de páginas teóricas que la neopedagogía moderna obliga a memorizar.

Este recurso, en fin, ha contado en nuestro país con representantes tan insignes como don Marcelino Menéndez Pelayo, José Fernández Montesinos, Eugenio Asensio o Martín de Riquer. Es en esta ilustre línea en la que se inscribe José Manuel Blecua y en la que, para disfrute de las generaciones más jóvenes, ha dejado cumplida descendencia.¹⁴

SUS EDICIONES DE «CLÁSICOS EBRO»

Como ya hemos dicho antes, trece fueron los tomitos que publicó el Dr. Blecua en su colección. Trece tomos,¹⁵ aunque doce títulos, pues la antología de *Poesía romántica* se editó originalmente en dos volúmenes.

¹² Quizá la que más clara competencia le podía hacer era la dirigida por su paisano (y discípulo) Fernando Lázaro Carreter desde Salamanca: «Clásicos Anaya». Pero las tiradas serían cortas y la «mies» suficiente para ambas colecciones. En cualquier caso esta última apareció unos 15 años más tarde que la dirigida por Blecua: hacia 1960.

¹³ Él se ha quejado con razón de la injusta, por excluyente, *reputación de antólogo* que le han proporcionado algunos de estos libros, hasta el punto de que a menudo han hecho olvidar los trabajos de mayor calado.

¹⁴ No es un rasgo menor de esta línea, corriente, o como quiera llamársele, la prosa límpida y literaria (en el mejor sentido: sin retórica) con que todos ellos han sabido expresarse siempre. Una verdadera *voluntad de estilo*, sin duda.

¹⁵ La relación de títulos es la siguiente: 2. Lope de Vega, *Poesía lírica*; 11. Luis de Góngora, *Poesía*; 14. H. P. de Guzmán, *Generaciones* y F. del Pulgar, *Claros Varones*; 20-21. *Poesía romántica (Antología)*; 28. Lope de Vega, *El caballero de Ol-*

De la lectura de los prólogos a estas ediciones así como de las notas y de otras partes del libro hemos entresacado algunos datos que nos permitirán singularizar el trabajo crítico del Dr. José Manuel Blecua.

Hay, en primer lugar, algunas declaraciones explícitas que nos confirman el valor doble que venimos atribuyendo a estos textos. Así en la edición de Garcilaso, tras comentar que va a seguir el texto de Herrera, añade:

Se han incluido algunas notas tal vez excesivas, no por un afán de pura *erudición*, que estaría fuera de lugar, sino por creer que pueden tener cierto valor *docente*. (vol. 36, p. 19) [cursivas mías]

Y algo parecido, aunque redactado en otros términos, encontramos en la edición de escritores costumbristas

Una ojeada a los escritos de Larra, Mesonero Romanos y Estébanez Calderón nos demuestra que entre ellos hay muchos que permanecen tan vivos y actuales como hace cien años. De aquí nació nuestro propósito de publicar en Clásicos Ebro este nuevo volumen dedicado a los tres ilustres escritores citados, para que la *juventud escolar* y los *estudiosos* de hoy puedan saborear, entre otros perfiles valiosos, la elegancia y sutileza de «Figaro»; el suave y educador humorismo de «El curioso parlante» y el gracejo colorista de «El solitario». (vol. 72, p. 18) [cursivas mías]

Pero la cita más significativa de todas estas es, sin duda, la que aparece en la edición de *El caballero de Olmedo*, donde sorprende a los lectores al afirmar que ha realizado un cotejo de todas las ediciones. De nuevo comprobamos cómo el carácter escolar no está reñido con el rigor y la erudición:

Por atender a esta pureza y fidelidad de texto, hemos cotejado todas las ediciones, principalmente la hecha por la Academia y la impresa por E. Juliá Martínez, que reproducen exactamente la primera edición de Zaragoza. Aunque dado el tipo de lector a que va destinada esta edición, pudiera parecer pedantesco este pequeño aparato crítico, creemos, en cambio, que puede ser útil en una futura edición crítica de la obra. (vol. 28, p. 25)

Pero, más allá de estas declaraciones, hay otros rasgos, menos explícitos pero igualmente claros, que nos marcan la senda por la que se movía la voluntad crítica del maestro.

Los prólogos, cuya extensión suele rondar las 15 páginas, no suelen ser, debido a esta breve extensión, motivo de citas largas ni de referencias bibliográficas frecuentes; más bien procura incluir en el cuerpo del texto algunas citas, perfectamente ensambladas, que no interrumpen el discurso narrativo. Aun así, es posible ver, bien a través del apartado bibliográfico, bien por las referencias a pie de página, bien merced a las opiniones críticas que aparecen al final, cuáles son las fuentes

medo; 36. Garcilaso de la Vega, *Poesía*; 52. Lope de Vega, *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*; 59. Lope de Rueda, *Pasos y M. de Cervantes, Entremeses*; 60. L. Quiñones de Benavente, *Entremeses*; 68. San Juan de la Cruz, *Poesías completas y otras páginas*; 72. *Escritores costumbristas: Larra, Mesonero Romanos, Estébanez Calderón*; 80. B. Gracián, *El Criticón*. Como puede verse, el autor que más predomina es Lope; destaca su preferencia por la poesía con las ediciones de esos cuatro pilares que son Garcilaso, san Juan, Lope y Góngora; por último, su visión panorámica: los textos abarcan desde el s. xv al xix, con la única excepción del xviii.

utilizadas o citadas. En este sentido un primer rasgo a señalar es la variedad de las mismas: de don Marcelino y su discípulo Bonilla a Alfonso Reyes, Manuel de Montolú o César Barja, de Eugenio d'Ors a Enrique Díez-Canedo o José María de Cossío.¹⁶ Dentro de esta variedad observamos, eso sí, que siempre que puede tiene en cuenta las opiniones críticas de aquellos autores que eran a la vez creadores: Juan Valera, Azorín, Benjamín Jarnés, Pedro Salinas, Gerardo Diego, Manuel Altolaguirre, Carmen de Burgos o Emilio Carrere. Una tercera característica con respecto a la bibliografía permite señalar no solo la rapidez con la que el Dr. Blecua incorpora nuevas referencias —libros aparecidos en los cuatro o cinco últimos años—, sino además su intuición crítica fuera de duda: muchos de los libros por él citados se han convertido hoy en clásicos incuestionables de la historiografía literaria.¹⁷

Hay dos autores, no obstante, que a mi juicio se convierten en la piedra sillar de su labor crítica, al menos en estos libritos. Me refiero a Menéndez Pelayo y a Azorín.¹⁸ No me cabe duda que la elección de ambos se debe a la fusión que suponían de erudición y de sensibilidad: rasgos compartidos, bien que en porcentajes distintos, por los dos autores. A estas alturas es innecesario añadir que el perfecto equilibrio entre estos dos elementos se ha convertido en uno de los denominadores comunes principales de la labor crítica y docente del Dr. Blecua.¹⁹

Si pasamos de estas cuestiones bibliográficas a aspectos más directamente relacionados con el contenido hay tres elementos que conviene subrayar sin ningún tipo de dudas: lo que he llamado la intertextualidad, la conexión contemporánea y la nota personal y afectiva. Veamos qué se esconde bajo tan pomposos epígrafes.

Con el término *intertextualidad* designo la capacidad del crítico para enlazar estilísticamente épocas distintas; es decir, para señalar rasgos de determinadas corrientes literarias *avant la lettre*.²⁰ Dejando de lado la originalidad del comentario no se nos esconde que tras él hay también una finalidad pedagógica.

Así por ejemplo califica Blecua en dos ocasiones de romántico a Lope de Vega. La primera vez en el volumen de poesía, al calificarlo de «nuestro primer ro-

¹⁶ La lista se puede ampliar tanto como queramos. No sorprende encontrar a críticos e historiadores vinculados con la Institución Libre de Enseñanza y el Centro de Estudios Históricos: Américo Castro, Amado Alonso, José Fernández Montesinos, Margot Arce, Rafael Lapesa, M^o Rosa Lida, Pedro Henríquez Ureña... Entre los extranjeros hay nombres tan fundamentales como K. Vossler, G. Ticknor, O. H. Green, L. Pfandl, Leo Sptizer o Huizinga.

¹⁷ No olvidemos que en aquellos años de penuria económica e intelectual debía resultar difícil no ya adquirir los libros sino estar al corriente de las novedades aparecidas en el ámbito del hispanismo.

¹⁸ De los doce títulos, apenas hay uno o dos donde no aparezca uno de los dos nombres (a veces los dos) de forma explícita.

¹⁹ Con el afán de no agobiar al lector dejo para esta nota a pie de página otro rasgo no menos importante: la capacidad de don José Manuel para constatar aquellas ausencias críticas o historiográficas trascendentales: ¡cuántas tesis y tesisas saldrían, andando el tiempo, de estas certeras intuiciones suyas!

²⁰ O, por decirlo con la expresión paradójica del discípulo más aventajado del Dr. Blecua, cómo un poema de César Vallejo puede influir en los sonetos de Quevedo. Vid. F. RICO, *Primera cuarentena y Tratado General de Literatura*, Barcelona, El Festín de Esopo, 1982, p. 142.

mántico».²¹ Que esta opinión no era gratuita o improvisada lo demuestra su reiteración en el volumen dedicado a *El caballero de Olmedo*, donde alude al «ambiente casi romántico en que se desarrolla toda la obra» (vol. 28, p. 17) y al «resultado completamente romántico» que obtiene en el tercer acto cuando don Alonso «en la oscura noche, oye cantar al labrador la famosa copla» (p. 20).

Un ejercicio parecido realiza (aunque el salto cronológico sea menor) al afirmar que Zorrilla encierra notas modernistas o que Gertrudis Gómez de Avellaneda recuerda en ciertos momentos a Rubén Darío (vols. 20-21, pp. 140 y 181); o también cuando encuentra resonancias de Quevedo en Larra (vol. 72, p. 17) o de Bécquer y san Juan de la Cruz en la poetisa romántica Carolina Coronado (vols. 20-21, p. 193).²²

Bajo el epígrafe de *conexiones contemporáneas* aludo a la capacidad del Dr. Blecua de relacionar ya no textos literarios de épocas distintas unidos por una misma sensibilidad, sino elementos culturales y literarios: aquellos normalmente contemporáneos al crítico. Así, en el volumen dedicado a la poesía de Lope establece una relación entre la lírica popular de este autor y el cuplé, para darnos a entender que la extraordinaria difusión de aquella «era debida al tono o a la melodía musical con que se cantaban o, en último término, al ritmo del baile con que se acompañasen». Luego añade en nota: «Recuérdese lo que sucede hoy día entre las clases populares cuando se aprende una canción o un “cuplé” de moda oído en los vodeviles o en las zarzuelillas teatrales» (vol. 2, p. 18). Algo parecido hace cuando recuerda a los lectores que «la zarzuela *La villana* (música de Amadeo Vives y letra de F. Romero y G. Fernández Shaw), estrenada en 1927, es una adaptación del *Peribáñez* de Lope» (vol 52, p. 22).

En fin, su sensibilidad poética *diacrónica* se pone de manifiesto en el último párrafo de la introducción a las *Poesías* de Góngora cuando no puede dejar de señalar «la influencia que la poesía de Góngora ha ejercido en las nuevas corrientes estéticas contemporáneas. La poesía de nuestro tiempo, que tanto gusta de la complicación metafórica y evasiva, no puede por menos que rendirse a la perfección formal de la poesía del insigne cordobés» (vol. 11, p. 17).²³

La tercera y última particularidad de la prosa crítica del Dr. Blecua hace referencia al valor afectivo y personal de algunas de sus notas. Hay a veces simples co-

²¹ La cita completa es la siguiente: «La característica principal de la vida y de la obra de Lope de Vega es su anticlasicismo, su imposibilidad de limitación y concreción, su romanticismo. Porque Lope de Vega es, indudablemente, y por todos los aspectos, nuestro primer romántico, siempre que por romanticismo entendamos oposición a lo concreto, a la norma, a lo clásico» (vol. 2, p. 9).

²² Incluso se atreve a veces, para justificar determinadas comparaciones, que él mismo reconoce como *inusitadas*, a enlazar san Juan de la Cruz con Aristóteles o Descartes: «me atrevería a decir que [san Juan] es tan coherente y lógico como la *Introducción a la metafísica* de Aristóteles, o el *Discurso del Método* de Descartes» (vol. 68, p. 10).

²³ Ahora bien, este rasgo tan suyo era especialmente apreciable en sus clases o en sus conferencias. Quienes hemos asistido a ellas tenemos en la memoria decenas de estos comentarios agudos que tantas veces nos han hecho ver la literatura bajo aspectos inéditos, inusitados y alejados de todo lugar común.

mentarios que remiten, sin ostentación alguna, a conversaciones (o quizá a relaciones epistolares) de cuya constancia quiere dejar fe para no atribuirse descubrimientos ajenos:

doña María Goyri de Menéndez Pidal me hace observar que el romance del acto primero puesto en boca de don Alonso es el mismo que se lee en *Primavera y flor de romances*, Madrid, 1622. Como el romance se refiere a Inés en la feria de Medina, la variante publicada en la *Primavera* estaría desglosada de la comedia. Esta observación, por la que me complace dar las gracias a la ilustre investigadora, ciñe más la fecha que proponen Menéndez Pelayo y Morley (vol. 28, p. 23)

Otras veces son términos que en su pluma adquieren connotaciones específicas de carácter valorativo. El uso medido y meditado de estas palabras evita que puedan considerarse como meras muletillas, vacías semánticamente. Así en Garcilaso:

La obra poética de Garcilaso presenta la línea de delicadeza, brevedad y finura que han de ser las notas características de su misma vida. (vol. 36, p. 10)

Pero todas estas influencias [italianas] son tan maravillosamente asimiladas —véase el caso, por ejemplo, del empleo de la lira— que se olvidan fácilmente ante la delicadeza y la dulzura de la obra garcilasista. (vol. 36, p. 19)

o en el volumen dedicado a Pérez de Guzmán cuando, en un párrafo inicial muy evocador, alude a la figura de Huizinga

Si el admirable Huizinga hubiese intentado el estudio de nuestro «Otoño de la Edad Media», y en vez de poner su atención en la corte borgoñona, tan llena de profundas resonancias y de coloridos chillones, agria y dulce como su vino... (vol. 14, p. 7)

Esta última característica, por lo que tiene de elemento formal, nos lleva de la mano a lo que son estrictamente rasgos estilísticos. Sin duda que no es el menos importante de estos la exposición lineal y clara, sin complicaciones retóricas: una prosa que fluye con facilidad y que, al mismo tiempo, proporciona datos y opiniones de contrastada objetividad. Este rasgo, sin embargo, solo puede comprobarse leyendo directamente los prólogos o a través de amplias citas que no serían ahora oportunas. Hay, empero, una virtud que sí puede y debe señalarse. Me refiero a la gran habilidad del Dr. Blecua para el adjetivo exacto y plástico, a la zaga quizá del gran maestro Azorín, a quien él demuestra conocer bien tanto en su faceta crítica como creativa. Un par de ejemplos bastarán para justificar esta afirmación. El primero, cuando refiriéndose a Larra alude a su «tono fino, mordaz, aprendido en Quevedo, cortante y geométrico» (vol. 72, p. 17). El otro, que puede leerse en el volumen dedicado a san Juan de la Cruz, nos habla de «la impresión de intensidad lírica, enfebrecida y sobrehumana» del místico español (vol. 68, p. 17).

En fin, todos estos elementos que, a modo de calas, hemos ido enhebrando en las páginas anteriores, y que en absoluto pretendo afirmar que sean exclusivos del profesor Blecua, me llevan a pensar que un adjetivo que puede definir, en cierta manera, su estilo es el de *moderno*. En efecto, sorprende, pese a los años transcurridos —¡60 en algunos casos!— que apenas haya una frase, una expresión, en todos estos prólogos, que no pueda pasar como actual, como contemporánea. Ni encontramos

arcaísmos léxicos o morfológicos, ni una sintaxis anticuada ni, lo que merece un elogio mayor si cabe, concesiones o palinodias ideológicas impuestas por las duras circunstancias históricas.

Si a esta modernidad formal unimos los otros rasgos más bien referidos al contenido, no es exagerado afirmar que la obra crítica del Dr. Blecua, y en concreto la que aquí hemos analizado, es una de las más singulares y de interés más perenne del último medio siglo. Una obra, en fin, de matices clásicos y modernos digna por tanto de figurar en el librito del mismo título del maestro Azorín.